 Tiempo de lectura: 2 min.

En la Facultad de Medicina de una gran universidad, el profesor de anatomía, como examen final, distribuyó a todos los estudiantes un cuestionario.
Un estudiante que se había preparado meticulosamente contestó puntualmente a todas las preguntas hasta que llegó a la última.
La pregunta era: “¿Cuál es el nombre de pila de la señora de la limpieza?”.
El alumno entregó el examen dejando la última respuesta en blanco.
Antes de entregarlo, preguntó al profesor si la última pregunta del examen contaría para la nota.
“¡Por cierto!”, respondió el profesor. “En su carrera conocerá a muchas personas. Todas tienen su propio grado de importancia. Merecen su atención, incluso con una pequeña sonrisa o un simple hola”.
El estudiante nunca olvidó la lección y aprendió que el nombre de pila de la señora de la limpieza era Mariana.

Un discípulo preguntó a Confucio: “Si el rey te pidiera que gobernaras el país, ¿cuál sería tu primera acción?”.
“Me gustaría aprenderme los nombres de todos mis colaboradores”.
“¡Qué tontería! Ciertamente no es un asunto de primera importancia para un primer ministro”.
“Un hombre no puede esperar recibir ayuda de lo que no conoce”, replicó Confucio. “Si no conoce la naturaleza, no conocerá a Dios. Del mismo modo, si no sabe a quién tiene a su lado, no tendrá amigos. Sin amigos, no será capaz de idear un plan. Sin un plan, no podrá dirigir las acciones de nadie. Sin dirección, el país se sumirá en la oscuridad e incluso los bailarines ya no sabrán cómo poner un pie junto al otro. Así, una acción aparentemente trivial, aprenderse el nombre de la persona que está a su lado, puede suponer una gran diferencia.
El pecado incorregible de nuestro tiempo es que todo el mundo quiere arreglar las cosas inmediatamente y olvida que necesita a los demás para hacerlo”.